

grafía que estudia las estructuras (Casa Real e Imperio Colonial) y se detiene en el episodio de la jornada de Felipe III en Portugal y las Cortes de 1619, que reflejan las aspiraciones y problemas del reino recientemente integrado.

Lope de Vega llamó a la Corte de Madrid «archivo de las naciones»; y lo era por concentrar el gobierno de la plural Monarquía, y por albergar las embajadas extranjeras. Los tres últimos capítulos del volumen IV hacen la historia de la diplomacia, en un momento de transición. La preeminencia diplomática de Roma en un momento de acusada confesionalización se completaba con relaciones diplomáticas y financieras en no menos de 25 estados italianos; mientras en el norte de Europa las paces y treguas con antiguos enemigos no llegan a despejar las amenazas de futuros conflictos.

La Monarquía de Felipe III es una obra historiográfica imprescindible para el conocimiento de un decisivo período de transición en el que afloran, desde la Corte del Rey Católico, corrientes religiosas, políticas, económicas y culturales de alcance universal. Los directores y autores de esta obra merecen un reconocimiento agradecido por la amplitud, originalidad y profundidad de sus bien coordinadas aportaciones. Hay que reconocer igualmente el mecenazgo de la Fundación Mapfre, que ha hecho posible la cuidada edición de esta obra monumental.

MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ

María Antonia San Felipe Adán, 2008: *El Obispo Fidel García (1880-1927). La Diócesis de Calahorra y La Calzada tras el Concordato de 1851*. Instituto de Estudios Riojanos, Universidad de La Rioja, Logroño, 460 pp.

El obispo don Fidel García Martínez fue uno de los alumnos más ilustres de la Universidad de Comillas, en cuya revista *Miscelánea*, escribió buen número artículos filosóficos y teológicos de gran calado intelectual entre los años 1944 y 1967. Con independencia de sus vinculaciones comillesas, don Fidel fue uno de los prelados más eminentes, y al mismo tiempo uno de los más desconocidos y calumniados del siglo XX.

María Antonia San Felipe se ha propuesto llenar esta laguna en su tesis doctoral, de la que nos ofrece un adelanto en este libro, que se ocupa de la primera etapa de la vida de don Fidel, hasta su nombramiento como obispo residencial de Calahorra en 1927. La autora ha consultado fondos de archivos civiles y eclesiásticos. La riqueza de datos que ha obtenido en los archivos municipales de Calahorra y Logroño, del Ministerio de Justicia y de la Universidad Comillas contrasta con la escasa documentación que ha podido lograr en el archivo diocesano de Calahorra (p. 19). Algunas fuentes impresas como el *Boletín Eclesiástico del Obispado* y la revista *Unión Fraternal*, de los antiguos alumnos de Comillas, le han proporcionado datos de gran interés. Esta revista ofrece preciosas noticias sobre las primeras etapas sacerdotales de don Fidel en Asturias y Palencia. La bibliografía local y regional sobre La Rioja ha ayudado a trazar el marco histórico adecuado, aunque se echan de menos algunas monografías sobre determinados temas y personas (de R. M. Sanz de Diego sobre Monescillo y Cascajares, o de J. Andrés-Gallego sobre el pensamiento y acción social de la Iglesia).

La autora ha logrado una obra equilibrada, que sitúa al personaje en los ambientes que envolvieron la primera mitad su vida. La lectura se hace agradable por la claridad del estilo y la capacidad para suscitar el interés de la narración. La autora no disimula el cariño a su ciudad natal ni la simpatía hacia el personaje biografiado, manteniendo siempre la objetividad de la exposición histórica y la imparcialidad de los juicios emitidos.

El libro contiene tres bloques bien ensamblados. El núcleo central es la historia de la diócesis calagurritana en años de decadencia, entre los siglos XIX y XX (1851-1927). Este núcleo aparece flanqueado por la historia personal del obispo don Fidel, primero en sus años de formación intelectual y experiencia pastoral (1880-1921); y después en sus primeros años al frente de la diócesis como administrador apostólico (1921-1927).

El capítulo primero trata de la formación del futuro obispo. La formación de don Fidel está ligada a los años fundacionales del seminario de Comillas, abierto en 1892, como seminario de pobres, donde los alumnos se preparaban para el sacerdocio en total aislamiento del mundo; no iban de vacaciones ni siquiera en verano. Era una formación animada por una espiritualidad intensa y por una preparación intelectual sólida (la *Ratio Studiorum*). La seguridad doctrinal, la elegancia en la expresión oral y escrita, la solidaridad con los compañeros y la estrecha vinculación con los jesuitas eran signos de identidad que don Fidel conservó intactos a lo largo de su vida. Sorprende que una formación tan encerrada no se convirtiera en una rémora para el ejercicio de la misión sacerdotal en la vida real. La eficacia de la acción pastoral dependía, desde luego, de la valía personal del sacerdote, que don Fidel demostró ya en sus años de seminario, donde era muy apreciado por sus cualidades intelectuales y humanas. Pero puede decirse que la formación recibida en los años fundacionales de Comillas proporcionaba a los aspirantes al sacerdocio disciplina mental, capacidad crítica y orientación práctica suficientes para afrontar con éxito el compromiso sacerdotal en la vida real.

El capítulo segundo se ocupa del comienzo de la labor pastoral de don Fidel. Fueron dos experiencias sacerdotales, en las que puso gran entusiasmo y entrega. En la zona minera de Asturias conoció de cerca el problema social en uno de los escenarios obreros más conflictivos. En la culta y serena ciudad de Palencia, sede de una diócesis campesina y tradicional, demostró sus dotes intelectuales y oratorias como canónigo doctoral, conoció el funcionamiento del sindicalismo católico agrario (del que fueron promotores Antonio Monedero y el P. Sisinio Nevares) y tuvo experiencias de gobierno desde su cargo de gobernador eclesiástico. A sus 40 años estaba perfectamente preparado para desempeñar el episcopado, cuando lo nombraron, pese a su resistencia, obispo titular de Hippo y administrador apostólico de Calahorra.

El núcleo de la obra trata de la diócesis de Calahorra. Era una diócesis difícil, y para explicar esta circunstancia el libro dedica el largo capítulo tercero al medio siglo de decadencia que transcurre entre 1851 (el año del Concordato, que en el artículo 5.º decretaba la segregación de la diócesis de Vitoria), y 1921 (cuando don Fidel comienza a gobernar la diócesis de Calahorra). En La Rioja, como en el resto de España, se entrecruzan corrientes y tensiones, especialmente en el terreno movido de las relaciones Iglesia-Estado, en medio de un ambiente de divisiones político religiosas,

no sólo entre liberales más o menos revolucionarios y conservadores más menos clericales, sino también entre los mismos católicos tradicionales, que se combatían de manera implacable, según fueran integristas, carlistas o mestizos. A las luchas políticas, las tensiones sociales, los ataques anticlericales y los desastres militares de las guerras de Cuba y de Marruecos, hay que añadir los conflictos locales que, en este caso, se agudizan con motivo de la pugna de Logroño y Calahorra por la capitalidad de la diócesis.

La autora sitúa en este ambiente conflictivo el largo período de decadencia de la diócesis. La segregación de los territorios vascos desde la erección de la nueva diócesis de Vitoria en 1862 supuso un duro golpe al antiguo esplendor de la diócesis de Calahorra, que perdía 553 parroquias y 1.324 sacerdotes. El asunto del traslado de la sede episcopal de Calahorra a Logroño, consignado también en el Concordato, acentuó la decadencia de la diócesis, pues el problema quedó politizado, debido a las intromisiones de los políticos nacionales y locales. La paradoja, a primera vista, estaba en que los conservadores ponían obstáculos al cambio de sede prescrito en el Concordato (el ministro Orovio consiguió en 1877 la dilación del traslado), mientras los liberales, con Sagasta a la cabeza, se mostraban más papistas que el papa y urgían el estricto cumplimiento de lo pactado con la Santa Sede. La paradoja era aparente, pues en el modo de actuar de conservadores y liberalistas predominaban más los intereses localistas que la ideología de cada partido. Así, durante la revolución del 68, la junta revolucionaria de Logroño reclamaba su derecho a la sede y conminaba al obispo a trasladar el seminario a la capital de la provincia, mientras la junta revolucionaria de Calahorra declaraba nulas aquellas órdenes y pedía la supresión de la capitalidad provincial de Logroño, pretensiones que hizo suyas la junta de Santo Domingo, que llegó incluso a exigir la supresión de la provincia.

En este tejemaneje intervienen alcaldes, caciques, gobernadores civiles, ministros, diputados de cortes y senadores. Los tres primeros obispos en la sede reducida, Monescillo, Catalina y Cascajares, no eran partidarios del traslado y su criterio fue decisivo para prolongar la situación; esta era también la opinión de los nuncios, que influían en la actitud dilatoria de los pontífices. El obispo Cascajares, aun después de haber salido de Calahorra, influyó decisivamente, siendo senador, en que no prosperasen las gestiones de Sagasta, que, como hijo predilecto de Logroño, defendía con tesón las aspiraciones de esta ciudad. La prensa local, entre tanto, entraba en la lid a favor de los intereses locales. El periódico *La Rioja*, de Logroño, arremetía contra *El Calahorrano*, que replicaba con la misma pasión. Parecía aquella una lucha de campanarios, en la que Calahorra, con otros pueblos, mostraba su rechazo al centralismo de la capital de provincia. En un ambiente tan crispado como el de aquellos años, estalla el motín de Calahorra en los días 7, 8 y 9 de junio de 1892. La autora lo estudia con detalle, y explica que el descontento creado en la población por la amenaza de la traslación de la diócesis sirvió de aglutinante para concentrar un malestar más profundo, originado por causas múltiples: el declive económico, el desencanto político, el caciquismo, el hambre y la miseria de mayor parte de la ciudad. El estallido popular acentuó la idea de que Calahorra era una diócesis difícil, en la que debía mantenerse el «statu quo» en situación excepcional de sede vacante, pues estuvo gobernada, desde 1892 hasta 1921, no por obispos residenciales sino por

gobernadores eclesiásticos (como Santiago Palacios) o administradores apostólicos (entre los que se destacó don Juan Plaza). Esta diócesis difícil hace especialmente meritoria la labor de don Fidel.

La tercera parte del libro se ocupa de los seis años en que don Fidel gobernó la diócesis como obispo titular de Hippo y administrador apostólico (capítulo cuarto), y del fin de la sede vacante con el nombramiento de obispo propio (capítulo quinto). El nuevo obispo fue nombrado por Benedicto XV sin intervención del gobierno. Era el segundo obispo comillés, después de don Pedro Segura. Su entrada en la diócesis, en el mismo día del desastre de Annual (25 de julio de 1921), se describe en el libro con todo detalle, así como el ambiente de la capital de la diócesis, cuyos 10.700 habitantes no llegaban a la mitad de la emergente capital de provincia. El nuevo obispo fue recibido con alegría y esperanza. Su primera pastoral marcaba la primacía espiritual de su misión: «*Omnia in omnibus Christus*». El nuevo obispo no defraudó las esperanzas con que había sido recibido. Se preocupaba de los niños hambrientos, de los numerosos sindicatos agrarios (173 en la diócesis), de las misiones, de la situación económica de los curas, que era precaria, de la conservación del patrimonio artístico y sobre todo de las visitas pastorales. El prestigio del obispo explica su designación para acompañar al cardenal Reig en el XXVIII Congreso Eucarístico de Chicago, donde pronunció un brillante discurso y de donde sacó una experiencia que le impactó: el despliegue de los medios audiovisuales y su eficacia para la propagación de la fe. El buen gobierno de don Fidel creó la situación propicia para que cesara la situación de sede vacante, con el nombramiento de un obispo residencial y propio. La persona más indicada para desempeñar ese cargo no podía ser otra que quien había desempeñado con tanto acierto la administración apostólica. En el libro se estudia con detalle el proceso diplomático y canónico del nombramiento, por real orden del rey Alfonso XIII (23 de marzo de 1921), bula del papa Pío XI (7 de septiembre), concesión del pase regio (21 noviembre) y toma de posesión (8 de diciembre). El *Diario de La Rioja* expresaba la alegría popular: «*Episcopum habemus*». El gran mérito de don Fidel era el haber puesto fin a 36 años de interinidad en sede vacante, manteniendo la paz y la concordia: «Hay que destacar que Fidel García supo actuar con enorme sabiduría y prudencia para evitar que el “fantasma” de la Traslación reapareciera de nuevo para lastrar su labor al frente de la misma. Así trabajó para que la capital de la sede episcopal quedase en Calahorra, mientras que para Logroño iniciaba los trámites de construcción de un nuevo seminario. Oficialmente, aunque no se expresaba de ese modo, era una manera de tranquilizar las tensiones territoriales y políticas nacidas al amparo del Concordato de 1851» (p. 413-414).

El libro acaba con unas conclusiones que resumen su contenido y añaden una síntesis del pensamiento de don Fidel, sacado de los escritos y discursos de aquellos años. En los apéndices se publica, entre otros documentos, la oración fúnebre que pronunció en Comillas el 12 de junio de 1917, con motivo del 25 aniversario de la fundación del seminario. Hay que destacar la buena presentación del libro y la publicación de 102 láminas; muchas de ellas reproducen textos manuscritos y páginas de prensa, que ayudan a recrear las situaciones históricas. El mejor elogio que podemos hacer a la autora de este libro, dedicado

a la primera mitad de la vida de don Fidel, «figura descollante del episcopado español», es que lo complete con un segundo libro sobre el resto de la vida de aquel gran prelado que, a partir de su pastoral de 1942 se convirtió en «una referencia del catolicismo internacional que sin duda merece un pormenorizado y específico estudio» (p. 415).

MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ

A. LÓPEZ PUIG y A. ACEREDA, (coord.), 2007: *Entre la familia y el trabajo. Realidades y soluciones para la sociedad actual*, Narcea, S.A. de Ediciones, Madrid, 197 pp.

La dificultad para alcanzar una conciliación de la vida laboral, familiar y social está llevando a las administraciones a desarrollar proyectos y programas para su solución. En este libro se aborda el tema de la conciliación con una nueva sensibilidad para afrontar los problemas derivados del actual modelo de familia, a través del conocimiento y la experiencia de especialistas sobre el tema. El propio título de la obra recoge los ámbitos más importantes en los que participan hombres y mujeres de nuestro tiempo: trabajo y familia.

Sin pretender llevar a cabo un análisis exhaustivo, la obra se centra, sobre todo, en determinadas realidades y en la interdisciplinariedad que existe entre ellas. La autoría de la obra corresponde a especialistas procedentes del ámbito académico universitario, coordinados por Anna López Puig y Amparo Acereda de la Universidades Rovira y Virgili y Ramón Lull respectivamente.

* * * * *

Estamos ante una obra coral, en la que diferentes especialistas analizan la difícil conciliación de la vida familiar y laboral; lo hacen desde distintas perspectivas lo que otorga al conjunto una indudable riqueza de visiones. Los diferentes capítulos están trabajados por Anna Mercadé, Nuria Roldán, Inmaculada Pastor, Catalina Jordi, Josep Amorós, Josep Montoya, Elvira Méndez, Xavier Martínez.

La conciliación de la vida laboral, familiar y social se ha convertido en un auténtico fenómeno social en los últimos años. El libro pretende mostrar al lector una nueva sensibilidad para afrontar los problemas derivados del actual modelo de familia, a través de la experiencia y el conocimiento de especialistas sobre el tema. El libro se estructura en tres grandes partes. La *primera parte* se centra en *consideraciones preliminares* en donde se abordan cuestiones relacionadas con la conciliación y la situación de las mujeres, dedica también unas páginas a la cuestión del liderazgo, así como la perspectiva del estilo de dirección de las mujeres. La segunda parte analiza la *igualdad de oportunidades para mujeres y hombres y la legislación vigente*, encontramos también las problemáticas del concepto de conciliación y su aplicabilidad. La tercera parte muestra *algunas experiencias a favor del equilibrio trabajo, familia y vida personal* y las buenas prácticas llevadas a cabo por organizaciones y empresas.